



Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.

5

PROFESOR DE ASCÉTICA Y MÍSTICA

Las mismas aulas del seminario de Vic que lo tuvieron durante 14 años como alumno ejemplar le vieron después como profesor modelo. En ellas desempeñó durante veinte años la cátedra de Ascética y Mística.

Como en todas partes, él no pudo dejar de imprimir en su enseñanza el sello inconfundible de su personalidad: esta personalidad que creemos estribaba, en esencia, en su gran poder de atracción. ¡Cuál no sería, pues, la que iba a ejercer en una asignatura de tanta trascendencia como la Ascética y Mística! Esta asignatura tiene excepcional importancia porque en ella no sólo el sacerdote sino todo espíritu que quiera elevarse algo, encuentra el camino de su formación y, sobre todo, su elevación hacia la unión sobrenatural con Dios. Y si esto ocurre con todos los cristianos, pensemos qué será en el sacerdote, hombre de Dios que a El se consagra enteramente y que hace profesión de llevarlo a cuantas personas se encuentre alrededor, que de El han de beber toda la vida sobrenatural en las abundantes fuentes de los sacramentos y, de una manera personal, en la predicación y en la dirección espiritual. En realidad, la formación del sacerdote como hombre y ministro de Dios es el resultado de todo cuanto le afecta en el seminario desde el primer día; pero nunca hay que olvidar que, por ser el escogido de Dios entre muchos, por tener que tratar continuamente con las cosas santas, por la necesidad que siente de vivir continuamente en relación con Dios y allegarle cada día mayor número de almas, ha de tender de una manera especial a un mejor conocimiento de las cosas del espíritu.

La historia está llena, por una parte, de almas que se han desviado del verdadero camino de la perfección por falta de un criterio sólido y un conocimiento perfecto de lo que es la vida espiritual y, por otra, de un buen número de las que se han estancado en una vida mediocre o perdido por falta de un buen director de conciencia: recordemos tan sólo lo fatal que le hubiera sido a santa Teresa de Jesús, como ella misma nos lo confiesa, no haber hallado quien la entendiera. Y como quiera que la Santidad no es exclusiva de nadie y se pueden hallar almas llamadas a la perfección en cualquier sitio de la tierra, se comprenderá fácilmente cuán necesario le es al sacerdote conocer los caminos de la Ascética y de la Mística, para no desviarse él y no impedir, antes por el contrario, favorecer la obra de Dios en

las almas de los fieles. Esta enseñanza no se da ni en la Filosofía ni en la Teología estrictamente consideradas: Es en la escuela de la Ascética y Mística donde se aprende.

Y ya, de buenas a primeras, la obra maravillosa del P. Huix: de profesor se convierte inmediatamente en confesor y director espiritual de casi todos sus alumnos. El profesor o sea, aquel con quien diariamente tratamos, es escogido voluntariamente por sus alumnos como confesor y director de sus conciencias. Es lo mismo de siempre; ese poder de atracción que arrastra no solamente al seguimiento y a la imitación sino a abrirle completamente el interior de la conciencia. El acierto del Obispo que le nombró quedó también aquí perfectamente demostrado.

El niño que va al seminario, ya lo hemos dicho, no por esto es seguro que sea llamado por Dios al sacerdocio. Han de pasar muchos años y no será cierta esta vocación hasta que el Obispo imponga sobre él sus manos consagradas. Por otra parte, es evidente que el enemigo del género humano odia al seminarista; un futuro sacerdote es un seguro y acérrimo enemigo suyo. Finalmente, en el ambiente piadoso del seminario, germinan como en jardín selecto vocaciones para el estado religioso. Truncar vocaciones es tan malo como dirigir hacia el estado sacerdotal o religioso a muchachos que no han de ser modelos de santidad. El director espiritual y el confesor han de actuar en ese terreno con tanta prudencia y energía como la salvación de las almas requiere y con tal precisa visión que no sólo acierte, sino que, en el momento de la duda, infunda al dirigido una absoluta tranquilidad de conciencia. A nadie se le oculta, por consiguiente, la enorme dificultad y responsabilidad de su cometido.

Cuando los seminaristas de Vic escogieron como confesor al P. Huix, es porque en él encontraron al director seguro de sus conciencias. Y que supo a maravilla ser maestro en esta ciencia, lo demuestran el número importante de padres de familia, el más numeroso aún de sacerdotes, algunos Prelados, e ilustres religiosos, que alaban su dirección y consejo en los días difíciles del seminario. Supo hacerse abrir la conciencia de sus dirigidos, entrar por completo en este misterioso interior de las almas, computar exactamente sus posibilidades y ver claramente a dónde las llamaba el Señor. Como médico experto dio al enfermo el remedio, al intranquilo, la paz, al dudoso, la certeza; abrió las puertas del seminario, para que saliera, al que le convenía más el matrimonio; la cerró, para que no saliera, al pusilánime que, en un momento de tentación, se creyó desechado de la gran herencia; llevó al claustro a quienes el claustro debía dar mejores alas para volar más alto. Así es bendecida su memoria en hogares cristianos, casas rectorales, monasterios y conventos. Demostró, en suma, en el seminario, la misma ciencia que en el confesionario del Oratorio, disipando nubes de desesperación, abriendo grandes horizontes, alumbrando vocaciones donde sólo parecían existir arboles de piedad, llevando a las almas hacia los altares, despejando equivocaciones de un amor a Dios, que no era más que exaltación de un momento.

A todo esto añadió desde la cátedra un conjunto de rectas lecciones de Ascética y Mística, que han tenido como resultado la formación de toda una generación de sacerdotes y religiosos, que continúan en la actualidad en Vic y su comarca toda una tradición de verdaderos directores de conciencia.